

«llegado á la India, y supimos por sus discípulos muchas otras particularidades edificantes, que nos convencieron de que no conocíamos la mitad de sus virtudes¹.»

Segun el mismo escritor, no era el P. Busson el único veterano del sacerdocio y de la Compañía digno de los elogios de la Religion y de la historia.

«El P. Ansaldo, natural de Sicilia, era, dice Mr. Perrin², otro modelo de todas las virtudes cristianas y apostólicas. Era un hombre de un genio profundo, con una alma sublime y una cabeza perfectamente organizada. Contento con hacer el bien, abandonaba con gusto la gloria á los demás... Trabajaba tanto como hubieran podido hacerlo seis misioneros. Confesaba todos los dias desde las cinco hasta las diez de la mañana: dirigia una comunidad de Carmelitas del país. Habia establecido muchas hilanderías de algodón, donde una numerosa juventud trabajaba á las órdenes de excelentes maestras. El P. Ansaldo enseñaba el catecismo; arreglaba y atendia á todas las necesidades de esos establecimientos. Tenia además á su cargo la administracion de la mitad de la ciudad de Pondichery, y cuando le quedaban algunos instantes libres, los empleaba en componer, en estudiar las ciencias ó en dar lecciones, en aprender nuevas lenguas, ó formar algun nuevo proyecto de piedad.»

La extincion de su Compañía no los habia cambiado: los Jesuitas eran en el Indostan lo que en los demás puntos, y Mr. Perrin cita un caso que pasó con él. «Viendo, dice, el P. Gibeau, anciano de setenta y cuatro años, consumido por las enfermedades que le habia ocasionado un largo apostolado, y que á pesar de todos sus sufrimientos habia conservado un carácter jovial; viendo, repito, que estaba para partir, me llevó aparte, y me dijo con ademán misterioso: — Ya que nos dejais, y que segun parece será por mucho tiempo, os ruego que me hagais un favor que depende de vos. No me preguntéis cuál es; basta que sepais que no exijo nada que no sea posible y licito. — Dile mi palabra de honor de que haria lo que deseaba, muy contento de poderle ser útil de cualquier manera que fuese. — Muy bien, añadió, ya estais comprometido: tengo vuestra palabra. Quiero pues, y exijo, que aceptéis la mitad de mi tesoro.

¹ Viaje al Indostan, tomo II, pág. 173.

² *Ibidem*, pág. 177.

«Y luego abriendo su arquilla, reparte conmigo, como con un hermano, todo lo que contenia.

«Es imposible olvidar á tales hombres, y no creer en sus virtudes.»

No son únicamente los émulos de la Compañía de Jesús en las misiones los que deploran su pérdida: en Roma se lamenta del mismo modo. El carmelita Paulino de Saint-Barthélemy, en su *India orientalis*, no puede menos de manifestar la decadencia de la fe en medio de las naciones civilizadas por los Jesuitas por medio del cristianismo. «Si algunos hombres superiores y animados por el celo, exclama, proclamaron en otras épocas la Religion en los Estados de Tanjaour, Maduré, Maisour, Concan, Carnate, Golconda, Balaghat, Delhy y otras regiones indianas situadas en medio de las tierras, su celo y la antorcha de la fe se han apagado por lo difícil de los tiempos y de los lugares, porque nadie les envia colaboradores, ni sostiene su obra. Desde que se extinguió la Compañía de Jesús casi todas esas iglesias se extinguen por falta de pastores, y los cristianos van errantes sin ley que les dirija, ni antorcha que les alumbre¹.»

Los obispos del Nuevo Mundo reclamaban el auxilio de los Jesuitas, y no se pasó mucho tiempo sin que la República francesa les pidiese su apoyo en aquellas regiones donde habian popularizado el nombre de su patria. Vivía aun en Pekin el P. Poisson, y segun dice Cristóbal de Murr², este Jesuita contribuyó no poco á hacer que se concluyese el tratado de comercio entre la China y la República francesa.

El mismo de Murr³ cita un hecho que confirma plenamente esos testimonios. El escritor protestante refiere que en 1777 Luis XVI pidió al Papa algunos misioneros para la isla de Cayena; pero era preciso que supiesen la lengua de los indígenas. La Propaganda no los tenia, y Pio VI, con consentimiento del rey de Francia, hizo pasar á Guayana cuatro antiguos Jesuitas portugueses, los cuales desembarcaron en Cayena en el mes de noviembre de aquel mismo año. Iban vestidos con el hábito de su Orden, y hablaban la lengua del país. Los insulares reconocen aquel hábito que vene-

¹ *India orientalis christiana*, etc., auctore P. Paulino à S. Bartholomaeo, carmelita disceceato, pág. 199. (Romae, 1794).

² *Mi nuevo Diario*, tomo I, pág. 95.

³ *Diario de Cristóbal de Murr*, tomo IX, pág. 225.

ran. Se les ha dicho que no había ya Jesuitas, y vuelven á verlos. Aquellos hombres medio civilizados se echan á sus piés, los bañan en lágrimas, y se comprometen á vivir en adelante como cristianos, puesto que les vuelven los Padres que les hicieron conocer el verdadero Dios.

El celo por la Casa del Señor llevaba una parte de la Compañía de Jesús á playas inhospitalarias; la restante permanecía en el interior de la Europa á fin de luchar mas bien contra el vicio y el error que contra los adversarios de la Compañía. Esta poseía aun varios de esos oradores que someten á la muchedumbre. Vióse á esos Jesuitas, que la proscripción iba á dispersar, renovar el espíritu de las poblaciones, siguiendo las huellas de los PP. Duplessis, Nicolás Zucconi, Munier, Vigliani, Tichupich, Beauregard, Armando Bol, Chapelain y Delpuits. Las ciudades reclamaban la presencia de Javier Duplessis, y los preladados en sus cartas anunciaban su llegada como un insigne favor. Evangelizaban las ciudades y las aldeas, y el obispo de Laon saludaba su arribo en estos términos: «Por una gracia particular de la divina misericordia, poseemos un misionero que se apresuran á llamar á sí todas las diócesis, y cuyos infatigables trabajos ha bendecido Dios con numerosas conversiones y prodigios inauditos.»

El nombre del P. Beauregard ¹ eclipsa todas esas glorias de elo-

¹ El P. Beauregard terminó sus dias en el castillo de Groninga, cerca de la princesa Sofia de Hohenlohe. Tenemos á la vista el testamento autógrafa del Jesuita, fecha del 29 de noviembre de 1803, en el cual se lee: «Habiéndome hecho Dios en 1749 el insigne favor de llamarme á la Compañía de Jesús, de pronunciar en ella los últimos votos y de ser recibido en la misma profesó; y habiendo por una segunda gracia, tan especial como la primera, sido agregado é incorporado á la provincia de los Jesuitas de Rusia por el R. P. Gruber, General á la sazón de esta misma Compañía, en virtud de mi voto de pobreza, que renuevo en este momento de todo mi corazón, junto con los demás votos, y por obediencia á nuestras santas Reglas y Constituciones, que respeto mas aun en el momento de mi muerte que durante mi vida; votos y Constituciones que no nos permiten testar, como que es el mayor acto de propiedad; declaro, pues, y firmo, que todo lo que parece pertenecerme no me pertenece, sino que es de los Jesuitas de Rusia, á los cuales suplico á Su Alteza la princesa Sofia que los envíe.»

En su número del 2 de octubre de 1804, el *Diario de los Debates*, habla en estos términos de la muerte del Discípulo de san Ignacio: «El P. Beauregard, antiguo Jesuita y uno de los últimos oradores que han ilustrado la cátedra cristiana en el siglo XVIII, acaba de fallecer en Hohenlohe, en Alemania, á la edad de setenta y tres años. Fue célebre en Francia por sus sermones y por

cuencia sagrada. Nacido en 1731 en Pont-à-Mousson, el Jesuita había sabido, como Bridayne, dominar la muchedumbre con los rasgos de un genio á veces áspero, pero que encadenaban el pensamiento, y triunfaban de los peores instintos. Sin embargo, hubiera apenas escapado del olvido si su recuerdo no estuviese unido á un acontecimiento extraordinario. Durante el jubileo de 1775 predicaba en Nuestra Señora de Paris. La concurrencia era siempre numerosa, porque el P. Beauregard sabia inspirarle una respetuosa admiración, tanto por la impetuosidad de su palabra, como hasta por lo trivial de algunas de sus imágenes. Allí, en aquella cátedra, en que diez y ocho años mas tarde, 1793, Hebert, Gobel y Chaumette predicarán su ateísmo legal; delante de aquel altar donde vendrán á sentarse las diosas de la Razon y de la Libertad en el mismo lugar que ocupa la Virgen, se escaparon de su corazón extrañas y proféticas palabras. «Sí, exclamaba el Jesuita, los filósofos atentan contra el Rey y la Religion; sus manos empuñan el hacha y el martillo, y solo esperan el momento favorable para derribar el trono y el altar. Sí, Dios mio, vuestros templos serán despojados y destruidos, abolidas vuestras fiestas, blasfemado vuestro nombre, y vuestro culto proscrito. Pero ¿que es lo que oigo? ¡Oh Señor! ¿qué es lo que veo? Á los sagrados cánticos que hacen resonar las bóvedas sagradas en vuestro honor, se suceden cantos lúbricos y profanos! Y tú, infame deidad del paganismo, impúdica Vénus, tú vienes aquí mismo á aparecerarte audazmente del lugar que ocupa el Dios vivo, á sentarte en el trono del Santo de los Santos, y á recibir el culpable incienso de tus nuevos adoradores.»

Esto era evocar diez y ocho años antes la revolucion francesa tal cual la vemos en la historia. «Hombres poderosos, dice el jansenista Tabaraud ¹, que se creyeron aludidos por el Orador, levantaron la voz, y le denunciaron como un sedicioso y un calumniador de la razon y de las luces. Condorcet en una nota de los *Pensamientos* de Pascal, le trató de partidario de la Liga y de fa-

«la santidad de su vida.» El mismo periódico, después de haber exaltado los trabajos y las virtudes del Padre, termina diciendo: «Al deplorar tan graves pérdidas, no puede uno menos de preguntarse: ¿quién llenará esos vacíos que hace la muerte diariamente, y qué hombres vendrán á reemplazar los que perdemos?»

¹ *Biografía universal*, artículo *Beauregard*.

«nático.» El P. Beauregard, como lo prueba una de las últimas columnas del jansenismo, había, por uno de esos movimientos de elocuencia que inspira el cielo á sus escogidos, rasgado el vélo detrás del cual se ocultaban aun los filósofos y niveladores, los cuales se asombraron de su audacia. Otros Jesuitas llenaban al propio tiempo la mayor parte de los púlpitos, y supieron dirigir tan bien los espíritus hácia las ideas cristianas, y la procesion que cerró el jubileo tuvo algo de tan grande y profundamente religioso, que los corifeos del ateísmo, según La Harpe, que era entonces uno de sus adeptos, no pudieron menos de exclamar: «Hé aquí la revolucion aplazada para de aquí á veinte y cinco años.»

Los novadores necesitaban una víctima. La fe no estaba muerta en el corazon del pueblo, y se despertaba en los ánimos á la voz de los ex-Jesuitas. Rodeóse al desgraciado Luis XVI, y en el mes de mayo de 1777 le arrancaron un nuevo edicto¹, no ya contra los individuos de la Compañía de Jesús, sino contra esta misma que ya no existía. De los veinte oradores que habían predicado en la capital durante el jubileo, los diez y seis pertenecían á la Compañía de Jesús. Este solo hecho explicó á los hombres de la revolucion la derrota que habían sufrido, y se vengaron mutilando un cadáver. Sin embargo, en 1788 el P. Reyre predicó la cuaresma en la corte, y al año siguiente mereció el mismo honor el P. Beauregard. En 1791 abrió la estacion el P. Lanfant²; pero mientras

¹ Las manifestaciones cristianas del jubileo de 1775 daban que pensar á los sofistas: encarnizáronse contra los Jesuitas, y hallaron en el presidente Angran un amigo que se hizo un deber de denunciarlos al Parlamento el 28 de febrero de 1777. El presidente Angran veía lo que ven en nuestros días otros legistas. Refiere al Parlamento los esfuerzos que hacen los Jesuitas secularizados, y luego añade: «Es un hecho notorio que están diseminados en casi todas las parroquias, que están empleados en el ministerio, y que llenan los púlpitos.» Esta denuncia fue impresa y publicada. El 15 de abril, el fiscal Seguíer reclamaba su extincion en estos términos: «Denunciamos un impreso que contiene la relacion hecha por uno de los señores, durante la reunion de las Cámaras del 28 de febrero último, y como este impreso es contrario á los reglamentos de la librería, hemos creído deber reclamar que se prohibiese.» La falta de forma prevaleció sobre la falta de razon, y el Parlamento se apresuró á acceder á lo que pedia Seguíer. Pero en compensacion el mismo Parlamento, que no había querido prestarse á hacer una ridícula comedia, obligaba á Luis XVI á que promulgase un edicto contra la Compañía de Jesús, y al registrarlo, le añadía de su propia autoridad cláusulas tiránicas, que el Monarca le mandaba anular el 17 de junio de aquel mismo año.

² Hasta ahora hemos visto desfigurado constantemente en la historia el

que sus acentos ardientes y llenos de elocuencia inspiran al Rey fuerza, ó mas bien resignacion para suportar sus desgracias, le proponen que jure la Constitución civil del clero. El Jesuita se niega á hacerlo, y desde entonces se le prohíbe el ministerio del púlpito. Solo halló una ocasion de predicar en el resto de su vida, y esta fue en 2 de setiembre de 1792. El pueblo no le pedía entonces palabras de salud. Los verdugos que se disputaban la nacion francesa exigían su sangre ó su deshonor sacerdotal, y Lanfant se dejó degollar. «Si la Religion, dice el abate Guillon, obispo de Marruecos¹, tuvo que llorar por los triunfos de sus enemigos y por las pérdidas de sus defensores, tampoco careció de apóstoles que supieron honrar su ministerio, y cuyo celo ilustrado por la ciencia se hallaba sostenido por la elocuencia de los tiempos antiguos, que han hecho renacer en medio de estos dias de tinieblas. No tememos poner á su frente al sacerdote cuyos sermones publicamos.»

La revolucion estallaba, y no se ocupaba ya en distinguir los Jesuitas de los demás sacerdotes. En su nacimiento había proscrito á los discípulos del Instituto, como el mayor obstáculo que debían encontrar sus ideas; pero cuando hubo establecido su reinado sobre los pueblos que esclavizaba á la libertad, confundió todas las denominaciones religiosas. La persecucion se encarnizó igualmente contra los Padres de la Orden de Jesús que contra los demás individuos del clero. En el mes de octubre de 1791 Antonio Nolhac, descendiendo el primero á esa nueva arena del martirio. Antiguo rector del noviciado de Tolosa, quiso consolarse de las desgracias de la Compañía aceptando el curato de San Sinfiriano de Aviñon. Este se compone en su mayor parte de pobres, y el Jesuita viene á ser el tesorero de los hombres bienhechores, y la segunda Providencia de los infelices. Preso el 16 de octubre, pasa con los demás encarcelados aquella noche, que al ver el furor de los Jourdan Corta-cabezas, cree que será la última de su vida. Se dispone á morir, y prepara para el mismo trance á sus compañeros de cautiverio. Al llegar al momento del sacrificio les bendice

nombre de este Jesuita, con la diferente ortografía de *L'Enfant* ó *Lenfant*. Tenemos á la vista su correspondencia particular, y en ella escribe su apellido tal como lo reproducimos.

¹ *Noticias biográficas sobre los sermones del P. Lanfant*, por Nicolas Silvestre Guillon.

hasta en los brazos de la muerte. Herido de todas partes, permanece en pie hasta el fin de la carnicería para dar valor á las víctimas y mostrarles las coronas del triunfo. Cae por fin después de todos, y le echan con los demás en la Nevera. « Cuando se pudo « sacar los cadáveres de ella, dice Jauffret, obispo de Metz ¹, el « pueblo se apresuró á ir á buscar el de su buen Padre, el cual « tenía cinco heridas. Reconociéronle por un Crucifijo que llevaba « sobre el pecho y por su traje de sacerdote. Todos querían un pedazo de su ropa, y fue necesario dejar expuestos durante ocho días aquellos preciosos restos á la veneracion del pueblo.... Todos los fieles de Aviñon miran á Nolhac como un mártir, y están dispuestos á honrarle como á tal. Llamanle todavía el Padre de los pobres, nombre que llevó siempre, y que le da el proceso verbal que se instruyó en Aviñon por los comisarios del Rey, y que fue leído en la Asamblea nacional. »

No era ya posible combatir con la palabra ó la pluma en favor de la unidad católica. La libertad de 1792 prohibía las luchas intelectuales. Fuerza era aceptar sus degradaciones cívicas, ó perecer bajo el hierro de los verdugos regimentados por los herederos de la filosofía y del jansenismo. Vivían aun algunos Jesuitas veteranos del saber, de la cátedra ó del confesionario; pero la muerte les espantaba menos que el perjurio. Habíanse negado á jurar la Constitución civil del clero, y en las lúgubres jornadas del 2 y 3 de setiembre se les hizo expiar su animosa resistencia.

En los Carmelitas, en la Fuerza, en la Abadía y en San Fermín, se vió á los últimos restos de la Compañía de Jesús en la primera fila de la heroica legion de mártires que conducían al cielo los dos Larochevoucault y Dulau, arzobispo de Arles. Era preciso glorificar la fe católica con una muerte voluntaria, y esos hombres encanecidos en los trabajos intelectuales no cesaron. Los PP. Julio Bonnaud, Juan Charton de Millou, Claudio Gagnieres de Granges, Jaime Durve-Friteyre, Carlos Le Gue, Alejandro Lanfant, Nicolás Ville-Croisie, Jacinto Le Livec, Pedro Guerin du Rocher y su hermano Roberto, Juan Vourlat, Grasset, Antonio Second y Nicolás María Verron perecieron en la ciudad de Paris, la cual, muda de horror, presenciaba no obstante con el fusil al hombro aquellos crímenes organizados. Todos esos Jesui-

¹ *Memorias para servir á la historia de la Religion y de la filosofía, á fines del siglo XVIII, tomo II, pág. 216.*

tas ¹ eran ó eruditos, como Guerin du Rocher; ú oradores, como el P. Lanfant, ó sabios geómetras, cual Le Livec.

Otros vivían en el fondo de las provincias, donde eran la antorcha del clero y el consuelo de los corazones cristianos; pero desaparecieron todos en la tormenta. Los PP. Daniel Dupleix y Carlos Ferry caen en Lyon bajo el hacha revolucionaria. Julian de Herville en Orleans, Mateo Fiteau en Orange, Agustin Rouville en Aubenas, Pedro Lartigue en Clerac, Carlos Brunet en Poitiers, mueren en el cadalso. Algunos, como los PP. Alejandro de Romecourt, Gilberto Macusson, Nicolás Cordier, Antonio Raimond, José Imbert y Domingo de Luchet, se ven encerrados en los pontones de Rochefort. No les reservan la muerte del campo de batalla, sino que les destinan mas largos sufrimientos. Como los sacerdotes, á quienes alcanzaba la deportacion y á quienes mataban antes del destierro los sufrimientos de toda especie, esos Jesuitas sucumbieron en su lenta agonía, rogando por sus verdugos. El P. Gaspar Moreau iba á ser ahogado en el Loire, pero muere de fatiga, de frio y de hambre antes de llegar al fin de sus deseos.

Los Jesuitas franceses desprecian el cadalso para proclamar su fe, los españoles van á dar su vida para hacer triunfar el principio de la beneficencia cristiana. Carlos IV ha sucedido en el trono á Carlos III, su padre. Algunos, aprovechándose de la justicia que por fin se les hace, llegan á España á mediados de abril del año 1800. El siglo XIX comenzaba por una peste en este país, que iba á presenciar tantas calamidades gloriosas ó sangrientas. El azote devastaba la Andalucía. Los Jesuitas lo saben apenas vuellos del destierro, y se ponen en camino para ofrecer sus auxilios á las ciudades donde reina el contagio. Veinte y siete de ellos encontraron el martirio en su caridad. Los PP. Pedro é Isidoro Gonzalez, Miguel de Vega, Francisco Muñoz, Antonio Lopez, Pedro Cuervos, Francisco Tagle, Juan Bautista Palacios, Diego Irri-

¹ Un autor de una escuela muy opuesta á los Jesuitas, cual era Amado Guillon, en su obra de *los Mártires de la Fe, durante la revolucion francesa*, tributa á cada página un justo homenaje á la piedad, abnegacion y saber de los Padres. Estaban todos encargados de la direccion de los conventos de mujeres, y se atribuye á sus consejos la conducta llena de firmeza que observaron las religiosas durante aquella borrasca. Esas pretendidas víctimas del fanatismo se mostraron casi todas fieles á unos votos que la ley anulaba.

barren, Fermin Excurra, Carlos y Sebastian Perez, Julian Vergara, Luis Medinilla é Ildefonso Laplana se sacrifican por sus hermanos en Cádiz, Puerto de Santa María, Jerez de la Frontera y Sevilla.

En Portugal la reina doña María, á pesar del respeto que le merece la memoria de José I, su padre, libraba de los hierros con que Pombal, desterrado á su vez, habia cargado las víctimas de su poder arbitrario. Novecientas salieron de las cárceles ó del destierro, y los obispos y el pueblo acogieron con testimonio de veneracion á esos mártires, á quienes no habian podido desanimar diez y ocho años de cautiverio. El P. Timoteo de Oliveira, antiguo confesor de doña María, fue reinstalado en la corte y colmado de honores. Delante de Pombal el P. Juan de Guzman se dirigió en estos términos á la conciencia de los hombres: «A la edad de ochenta y un años, á punto de comparecer ante el temible tribunal de la justicia divina, Juan de Guzman, último asistente de la Compañía de Jesús por las provincias y dominios de Portugal, creeria hacerse culpable de una omision imperdonable si, dejando de acudir al trono de V. M., donde se sientan la clemencia y la justicia, no depusiese á sus piés esa humilde y respetuosa súplica, en nombre de mas de seiscientos súbditos de V. M., resto desgraciado de sus compañeros de infortunio.

«Suplica, pues, á V. M. por las entrañas de Jesucristo y por su sagrado Corazon, por el tierno amor que V. M. tiene á la augusta Reina su madre, al augusto rey D. Pedro, á los principes de la familia real y á los infantes, que se digne permitir, y aun mandar, que sea de nuevo examinada la causa de tantos fieles súbditos de V. M., declarados infames á los ojos del universo. «Se lamentan de ser acusados de haber cometido atentados y crímenes que hasta los bárbaros se horrorizarian de imaginar, y que osaria concebir apenas el espíritu humano; se lamentan, repito, de verse todos condenados sin haber sido citados, sin haber sido escuchados, y hasta sin que se les permitiese alegar ninguna razon en su defensa. Los que habiendo salido de las cárceles fueron desterrados en este estado, están todos acordes sobre este punto, y atestiguan unánimemente que durante todo el tiempo que han estado presos no vieron la cara de ningun juez.

«Por su parte el suplicante, que se ha encontrado durante muchos años en una dignidad donde pudo adquirir un conocimien-

to inmediato de los negocios, está pronto á atestiguar en la forma mas solemne la inocencia de toda la Comunidad y de los asistentes. El suplicante, y con él todos los desterrados, se ofrecen unánimemente á sufrir penas mucho mas rigurosas que las que han sufrido hasta ahora, si uno solo de sus individuos ha sido convencido jamás de haber cometido el menor crimen contra el Estado.

«Además, la inocencia del que recurre resulta evidentemente de tantos procesos como se han formado con todo rigor contra él, sus cofrades y el jefe del Cuerpo. Pio VI, que gloriosamente reina, ha visto los originales de los sobredichos procesos; y V. M. hallará en tan gran Pontífice un testigo ilustrado, y el mas íntegro que pueda ofrecer el mundo entero, al propio tiempo que verá en él un juez, del cual no se puede sospechar que sea capaz de cometer una iniquidad sin que se haga culpable de una impiedad sin ejemplo.

«Dígnese, pues, V. M. usar de esa clemencia que le es tan natural como debida al trono; dígnese escuchar las súplicas de tantos desgraciados, cuya inocencia está probada, que en lo mas fuerte de su desgracia no han dejado nunca de ser fieles á V. M., y cuyos infortunios, por grandes que hayan sido, no han podido alterar ni disminuir un instante el amor que desde su infancia han conservado para su augusta familia real.»

Desde su extincion vemos á los Jesuitas honrar al sacerdocio por sus virtudes; vedlos ahora honrados con las dignidades eclesiásticas. Se ha proscrito su Instituto como corruptor de la moral, como peligroso á la Religion y á la seguridad de los Estados, y sin embargo apenas esos sacerdotes que la filosofia, los parlamentos, los reyes y la Santa Sede han pretendido hacer sospechosos, se ven libres del yugo que llevaron con tanto amor, y al cual con tanto sentimiento renunciaron, cuando la Iglesia y los principes católicos eligen de entre ellos los obispos que deben alimentar á los puebls con el pan de la palabra de vida. Jamás se dió un mentís mas pronto y solemne á tan graves acusaciones, jamás se procuró rodear de menos respeto exterior el juicio pronunciado por la iniquidad. En el solo espacio de veinte y cinco años, desde 1775 hasta 1800, se ofrecieron á los Jesuitas un gran número de sillas episcopales. Muchos las rehusaron con la esperanza de ver restablecer la Compañía; otros aceptaron las digni-